

derecha del Loira. Veinte mil prisioneros que deben ser entregados inmediatamente, serán enviados á Lyon y de allí á Argel para servir en esta colonia.

El artículo 11 decide que los gobiernos tomarán por base de sus futuras relaciones comerciales el régimen del trato recíproco, sobre el pie de la nación más favorecida.

El artículo 12 devuelve á los alemanes expulsados de Francia el pleno y entero goce de los bienes en ella adquiridos, y los que obtuvieron en la misma Francia la autorización de domicilio, serán reintegrados en todos sus derechos. El estado de guerra no es considerado como suspensivo del tiempo necesario para obtener la neutralización.

Los dos gobiernos se obligan recíprocamente á hacer conservar y respetar las tumbas de los soldados enterrados en sus territorios respectivos.

Los artículos adicionales, en número de tres, se refieren: el 1.º á la cesión por parte de Francia de todos los ferrocarriles comprendidos en los territorios cedidos (menos el material móvil), mediante el pago de 325 millones por Alemania; el 2.º á la compra por el gobierno alemán, y por la cantidad de dos millones, de los derechos y propiedades de la compañía del Este en Suiza, desde la frontera hasta Basilea; y el 3.º á la cesión suplementaria por Alemania de los territorios siguientes en torno de Belfort: Rougemont, Leval, Petite-Fontaine, Romagny, Felón, La Chapelle-sous-Rougemont, Angeot, Vautier-Mont, La Rivière, La Grange, Rappé, Fontaine, Frais, Foussemagne, Cunelières, Montreux-Château, Bretagne, Chavanne-les-Grands, Chavanatte y Souarce. La carretera de Giromagny y de Remiremont, que pasa por la montaña denominada Globo de Alsacia, es reservada á Francia en todo su trayecto y sirve de límite donde pasa fuera del cantón de Giromagny.

Tal es el tratado de Francfort, el más doloroso quizá de cuantos firmó Francia, extraña mezcla de estipulaciones de carácter permanente y de indicaciones puramente transitorias. Los derechos de las personas, los convenios comerciales, los cambios de territorio, todo se mezcla allí en una confusión no premeditada, sino que resulta de la precipitación con la cual fué redactado y firmado este documento diplomático, porque el gobierno alemán deseaba concluirlo pronto y al gobierno francés le urgía poderse aplicar desembarazadamente á la represión de la *Commune*. Por lo demás, quedaba la puerta abierta á los negociadores futuros, como consecuencia del restablecimiento oficial de las relaciones diplomáticas entre ambos pueblos.

Las negociaciones se habían entablado simultáneamente en Bruselas, donde los señores Baude y Goulard representaban á la nación francesa, y en Francia, donde el ministro de Relaciones extranjerías, Julio Favre, trataba directamente con el general Fabrice todas las cuestiones relativas á la ocupación. Después del tratado de Francfort, que Bismarck apresuró por temor de que Thiers, vencedor de la *Commune*, se mostrase más exigente, el Sr. de Waldersee fué acreditado en Versalles como encargado de negocios de Alemania, y el señor de Gabriac fué enviado á Berlín como ministro de Francia. La misión de Waldersee sólo duró desde el 17 de junio hasta el 1.º de septiembre, fecha en que el

conde Havry d'Arnim fué enviado de embajador á Versalles; la del general Fabrice había terminado el 25 de junio, y su sucesor, el Sr. de Manteuffel, había trasladado en 14 de julio su cuartel general á Nancy. Cerca de él fué acreditado el Sr. de Saint-Vallier. Los señores de Goulard y de Clercq celebraban en Francfort con los representantes del canciller conferencias que duraron desde el 6 de julio hasta el 6 de diciembre y que tenían por objeto asegurar en detalle el cumplimiento del tratado de Francfort. Cada vez que surgía alguna dificultad ó que había de concluirse algún convenio importante, los ministros de Negocios extranjerías y de Hacienda se trasladaban á Francfort ó á Berlín para firmar en nombre de Francia.

Las dificultades se renovaban á cada instante y obligaban á Francia á sufrir exigencias más imperiosas ó á devorar humillaciones. El 16 de junio, Julio Favre recibió de Bismarck el siguiente despacho: «Me entero por los partes de nuestros generales de que vuestros soldados ocupan el terreno reservado á los nuestros de la zona del Raincy, de Lilas y de Romainville. Tengo el honor de advertir á vucencia que si no se retiran inmediatamente detrás de sus líneas, nuestras tropas os atacarán hoy mismo, á las doce de la noche.» Cuando no el canciller, era su órgano oficioso, *La Gaceta de Colonia*, la que haciendo alusión á las absoluciones de Bertin y Tonnelet y á la recepción de Tchong-Haou por Thiers, se expresaba de este modo: «Esos hechos han ocurrido veinticuatro horas después que el señor Thiers, recibiendo á los embajadores chinos, les hubo recordado los deberes que la justicia impone á los gobiernos.»

En efecto, al recibir el 23 de noviembre á Tchong-Haou, encargado de darle en nombre del emperador toda clase de satisfacciones por la matanza de Tien-Tsin, Thiers le había contestado con estas nobles palabras:

«Me habláis de numerosos suplicios infligidos á los culpables. La nación francesa es demasiado humana para complacerse en la efusión de sangre; no reclama más que las severidades necesarias para contener á los malvados... El deber de los gobiernos, al mismo tiempo que reprimen los excesos de la muchedumbre, consiste en calmar sus pasiones, disipar sus prejuicios y hacerle oír la voz de la razón y de la verdad.»

¿Fué la soberana dignidad de estas palabras lo que excitó la cólera de *La Gaceta de Colonia*? ¿Tenía esta cólera por causa la alta situación que Thiers se creaba en Europa y que valió á éste una distinción con más frecuencia reservada á los soberanos que á los simples particulares, el Toisón de Oro, que le presentó Olózaga, el embajador de la potencia que había sido la causa indirecta de la guerra?

En medio de aquellas resistencias, de aquellas crecientes pretensiones y de aquellas amenazas, que llegaron al extremo de obligar á Francia á renunciar á la suscripción para la liberación del territorio, porque inquietaba á Alemania y entorpecía las negociaciones corrientes, milagro fué que la evacuación pudiese realizarse con regularidad en julio, septiembre y octubre. Después del pago de los dos primeros millares de millones, sólo quedaban seis departamentos ocupados por 50.000 hombres y 18.000 caballos, que costaban á Francia, en

concepto de raciones y piensos, 132.500 francos diarios. Los pagó, y pagó la indemnización de guerra total con una facilidad que sorprendió y alarmó al enemigo; pagó en forma de nuevos impuestos cerca de 800 millones anuales, y la rapidez con que curó sus heridas, apenas libre de las garras del enemigo, causó la admiración del mundo.

La Asamblea nacional reivindicó á menudo su parte de gloria en la liberación del territorio, la nación entera puede reivindicarla más legítimamente que sus representantes. Indiferente á las intrigas de Versalles y desdeñosa de la campaña clerical que parecía destinada á preparar la restauración de un régimen odiado, prestó al jefe del Estado un apoyo cada vez más firme y un concurso cada vez más lleno de confianza. Los partidarios de la Monarquía esperaban que el sufragio universal, asustado por la *Commune*, confirmaría el 2 de julio sus votos del 8 de febrero. Llamado á pronunciarse en 45 departamentos, dió en 39 la mayoría á los republicanos que se habían declarado partidarios de Thiers, y después de esta primera y decisiva revancha del 8 de febrero, á cada nueva consulta, en 8 de octubre, en 7 y 16 de enero y en 11 de febrero, su contestación fué la misma: mantenimiento y consolidación de la República, mantenimiento de Thiers, definición y consolidación de sus poderes.

Las elecciones departamentales del 8 de octubre fueron aún más significativas. Los monárquicos fueron desposeídos de los Consejos generales y de los Consejos de distrito, que consideraban como sus ciudadelas: de 3.000 puestos vacantes, más de 2.000 fueron ganados por los republicanos.

La elección del presidente del Consejo municipal de París contra Víctor Hugo fué una victoria personal para Thiers, pero una victoria peligrosa, pues no se alcanzó la mayoría sino prometiendo á los parisienses, en cambio de la elección de Vautrain, la vuelta del gobierno á París, vuelta que la Asamblea no quería autorizar.

Pocos días después, en las elecciones parciales de 16 de enero, fueron elegidos, para completar la Asamblea nacional, once republicanos, cinco legitimistas y un bonapartista.

La última consulta electoral de entonces, la del 11 de febrero, fué otro triunfo para Thiers y para Francia, ávida de paz, de tranquilidad, de trabajo y de consolidación del régimen establecido: un bonapartista, el señor Rouher, fué elegido en Córcega, contra el príncipe Napoleón, pero los republicanos Legall-Lasalle y Lepouze lo fueron en dos departamentos, el de las Costas de Oro y el Eure, donde habían dominado hasta entonces las ideas monárquicas. Esta triple elección fué la respuesta del país al manifiesto del conde de Chambord, de fecha 25 de enero de 1872. El jefe de la casa de Francia, después de haber anunciado que no abdicaría jamás, afirmaba que él no personificaba la reacción, sino la reforma; hacía protestas de inalterable fidelidad á su fe y á su bandera, y repudiaba toda connivencia con la Revolución. Este manifiesto era impolítico, estas declaraciones eran poco hábiles, este lenguaje era intempestivo; sin embargo, eran el manifiesto, la declaración y el lenguaje de un buen francés, y si Francia podía negar sus sufragios al pretendiente, no podía negar su estimación al patriota honrado y leal.

Fuera de los días de elecciones, el país vuelve á consagrarse enérgicamente al trabajo y al ahorro que constituyen su fuerza. El orden reina otra vez en toda Francia. La misma Argelia, considerada como enteramente pacificada el 31 de octubre, después de un año de trastornos, puede recibir á los alsacianos y loreneses que, deseosos de conservar la nacionalidad francesa, obtienen en la colonia concesiones gratuitas de terrenos. En todas partes se trabaja para la regeneración nacional.

Dióse por terminada la legislatura en 30 de marzo de 1872, y la Asamblea, recelosa como toda Conven-



Rossel

ción, confió á una Comisión permanente de 25 miembros el cuidado de representarla, de vigilar mucho á Thiers y de impedir toda veleidad de reinstalación del Gobierno en París.

## XIII

Privado por la ley de la presencia del jefe del Estado, de los ministros y de la Asamblea nacional, París veía, durante las vacaciones parlamentarias, al Presidente en el Elíseo, al vicepresidente del Consejo en la plaza de Vendome y á los ministros en los ministerios. A las reuniones ordinarias de los ministerios no asistía mucha gente. Las del Elíseo, aunque empezaban tarde y terminaban pronto, porque el jefe del Estado tenía que volverse á Versalles en el último tren, juntaban en torno de Thiers, con todo el cuerpo diplomático, á casi todos los generales del ejército de París, á los 'prohombres de la alta banca, á los grandes industriales y á la burguesía rica que aún no se había divorciado con la República conservadora y las ideas liberales. ¡Curioso é instructivo espectáculo el de aquel pequeño burgués, en presencia del duque de Aumale, su vecino de la calle del Faubourg Saint-Honoré, rodeado de los hombres más notables en todos los ramos, convirtiendo la conversación en monólogo, tratando familiarmente



de todos los asuntos ante un auditorio selecto, en que los representantes de las potencias extranjeras, á excepción del conde de Arnim, no eran los menos atentos ni los menos aprobadores!

Los académicos no se olvidaban de ofrecer sus respetos á su ilustre colega y, en las circunstancias importantes, delegaban una comisión oficial encargada de llevar á Thiers felicitaciones y estímulos desinteresados.

¡Lástima que éste no hubiese podido entrar más á menudo en comunicación íntima con los parisienses! Un año después, cuando dejó que su ministro de Negocios extranjeros aceptase una candidatura contra el Sr. Barodet, se echó de ver que no conocía bastante el estado de ánimo de la capital.

Julio Simón, el más apreciado de sus ministros, tenía nociones más exactas del cuerpo electoral y de todas las esferas parisienses. No es, pues, de extrañar que confiara la dirección de Bellas Artes á Carlos Blanc, hermano de Luis Blanc, pudiendo preparar, de acuerdo con tan excelente guía, el *Salón* de 1872. Enrique Regnault había encontrado la muerte en el combate de Buzenval, José Cuvelier en el de la Malmaison y Carlos Durand en Sedán; Vincelet, Richard, Coinchón y Julio Klagmann había perecido igualmente en el campo de batalla. Los sobrevivientes, acostumbrados al largo manejo del fusil, debieron sentir á menudo temblar en la mano el desbastador ó el pincel. Sin embargo, fueron numerosas las obras expuestas. Julio Bretón, que obtuvo la medalla de honor, Corot, Bouguereau, Schlesinger, Bonnat, Carolus Durán y Nélie Jacquemart enviaron cuadros y retratos notables, y el ministro de Bellas Artes pudo decir con razón, en el acto de la distribución de recompensas, que «el alma de Francia no se había extinguido.»

La exposición artística había atraído un gentío inmenso. Salones, recepciones académicas y teatros vieron aumentar la concurrencia en proporciones nunca vistas. La recepción de Camilo Rousset, sucesor de Prevost-Paradol, en la Academia Francesa, la de Viel-Castel y la del duque de Aumale, sucesor de Montalembert, atrajeron un concurso extraordinario. Los teatros se llenaban todas las noches, aunque no eran muchas las obras nuevas de gran mérito. El día 1.º de mayo de 1872, representábase *Faust* en la Opera, *El suplicio de una mujer* y *L'Autre Motif* en el teatro Francés, *Ruy Blas* en el Odeón, *La hija del regimiento* en la Opera Cómica, *Rabaças* en el Vaudeville, *La cagnotte* en el Palais-Royal, *Le Roi Carotte* en la Gaité, *L'Oeil Crevé* en las Folies Dramatiques, *La Timbale d'argent* en los Bufos. No faltaban obras buenas, pero permanecían en cartera. No era extraño que los autores no lograsen ver sus producciones puestas en escena cuando Jorge Sand no conseguía hacer representar su *Mademoiselle de la Quintinie* en el Odeón, y cuando toda obra dramática, después de la aprobación de los censores, era sometida al ministro de Bellas Artes, el cual la remitía para su examen al general Ladmirault, gobernador de París y comandante del estado de sitio.

También fueron numerosos los espectáculos fúnebres en 1872 y principios de 1873. El mariscal Vaillant murió en mayo y el mariscal Forey en junio de 1872. El director del Observatorio de París, Sr. Delaunay, pere-

ció ahogado en la rada de Cherburgo, yendo de excursión en una barca, durante las vacaciones de 1872. El año siguiente murieron el conde de Chasseloup-Laubat, ponente de la ley militar, Saint-Marc Girardin, tan popular durante el Imperio y tan comprometido en las intrigas del centro derecho durante la República, y el almirante Rigault de Genouilly, los cuales habían sido precedidos en la muerte por Napoleón III.

Durante sus dos años de destierro, como durante sus veinte años de gobierno, el ex emperador había vivido soñando. Uno de los pocos amigos que siguieron siéndole fieles en la desgracia, Octavio Feuillet, le vió en 1872; del benévolo juicio de este escritor resulta que Napoleón fué lo menos apto posible para el arte ó el oficio de gobernar á los hombres. Con su extraña dulzura y su calma inalterable, este príncipe asiste á la derrota, á la invasión, al desmembramiento de la patria, á la *Commune*, como á nuevos é inevitables episodios de su accidentada vida. «Mi entrevista con él, dice Feuillet, me deja profundamente convencido de que no prepara absolutamente nada y de que espera los acontecimientos.» No guarda cólera ni rencor: nadie se encoleriza contra la fatalidad ni odia á los hombres que son tan sólo sus instrumentos. Sobre el conde de Chambord, sobre la familia de Orleans, sobre Thiers, sobre Mac-Mahón, sus reflexiones son vagas y como impersonales, y llevan el sello de una perpetua imprecisión. Napoleón III murió el 9 de enero de 1873, sin formular una queja ni una esperanza, sin hacer responsable á ninguno de sus consejeros y sin considerarse él mismo responsable en manera alguna: el único culpable era el Destino.

Sería exagerado decir que París se mostró indiferente á la muerte de Napoleón; lo que puede afirmarse es que la impresión fué poco duradera. Los imperialistas gritaron: «El emperador ha muerto, ¡viva el emperador!» Pero este grito no tuvo eco. Tres meses después, los bonapartistas se contaron votando la candidatura del coronel Stoffel: eran 27.000 en París.

Si recordamos la parte tomada por la capital, el 28 y el 29 de julio de 1872, en el empréstito de tres mil millones, el viaje á América por la música de la guardia republicana en el verano de 1872, y el nombramiento, como prefecto del Sena, del Sr. Calmón, que reemplazó á León Say, nombrado ministro de Hacienda, á principios de diciembre del mismo año, habremos agotado la lista de los acontecimientos que tuvieron entonces alguna resonancia.

Durante el mes de julio de 1872 se realizaban silenciosamente, en la calle de Olm y en un laboratorio dependiente de la Escuela de Estudios Superiores, serios trabajos que habían de tener un alcance incalculable. El director del laboratorio resumía dichos trabajos en estos términos: «El Sr. Pasteur y los Sres. Raulin, Gayón y Maillot continúan los trabajos empezados desde hace mucho tiempo por el Sr. Pasteur sobre las cuestiones relativas á los fermentos, á la generación y al papel de los seres microscópicos, y á diversas aplicaciones industriales que de ellos dependen, relacionadas con las enfermedades de los vinos, la fabricación del vinagre y las enfermedades del gusano de seda. La fabricación de la cerveza es allí objeto de un profundo estudio, en este momento. Este laboratorio tiene la suerte de haber

atraído á nuestro gran químico Sr. Dumas que, de algunos meses á esta parte, practica allí nuevas investigaciones sobre diversos puntos de química fisiológica de gran interés.»

Tal era, en el laboratorio de química fisiológica de la Escuela Normal y en muchos otros, la intensidad de la vida científica. En cambio, políticamente hablando, París se hallaba como aletargado, desde la elección de Vautrin, verificada en enero de 1872, cuando vino á agitar los ánimos la lucha para la elección de un diputado por la capital.

El 22 de marzo de 1873, los alcaldes de París fueron á Versalles con el objeto de felicitar á Thiers por la evacuación ya segura del territorio. Thiers hizo recaer todo el mérito de las negociaciones sobre su eminente colaborador, Sr. de Remusat, y los alcaldes ofrecieron á éste la candidatura. Si no hubiese consultado más que su inspiración personal, el ministro de Negocios extranjeros hubiera rehusado la oferta. Thiers, confiando en el resultado y creyendo encontrar en la elección de Remusat un sólido punto de apoyo contra la conspiración monárquica, apeló á la abnegación de su antiguo amigo, que aceptó resignado la proposición de los alcaldes. Hasta primeros de abril no se presentó ninguna otra candidatura en competencia. Un periodista, ya sospechoso, el Sr. Portalis, fué el primero que pronunció en su periódico *La Verité* el nombre de Barodet. Los republicanos más ilustres, Grevy, Carnot, Littré, Langlois, Cernuschi, todo el centro izquierdo y toda la izquierda republicana de la asamblea nacional se pronunciaron por el candidato de Thiers. Peyrat, Quinet, Luis Blanc, Gambetta, la izquierda radical y la extrema izquierda de la asamblea se pronunciaron por el candidato de Portalis; los políticos, por el primero; los apasionados, por el segundo, y el segundo resultó elegido por 180.000 votos contra 135.000 obtenidos por Remusat y 27.000 otorgados á un candidato imperialista. Esta vez, como otras muchas, el sufragio universal se había dejado seducir por una idea sencilla. Este quería afianzar la República y eligió al más republicano de los candidatos, que era manifiestamente Barodet. Esta elección fué el pretexto alegado por la derecha y no la causa de la caída de Thiers, un mes después. Otras elecciones, anteriores al 24 de mayo, por ejemplo las de Ranc y Lockroy, eran más inquietantes para los conservadores sinceros que la de Barodet, y, sin embargo, fueron menos explotadas por los conservadores hábiles porque impresionaron menos á la opinión: lo hubieran sido mucho más si Remusat hubiese triunfado, y la orden del día propuesta por Ernoul, y de que más adelante se hablará, no hubiese dejado de aprobarse.

Antes de volver á Versalles, donde asistiremos á las emocionantes peripecias del duelo entre el presidente de la República y la mayoría de la asamblea nacional, recorramos rápidamente la Francia, donde los partidos luchan ardentemente entre sí, esperando la constitución de un gobierno definitivo. Cada vez más adicto á la República, el país quisiera celebrar sus aniversarios el 14 de julio, el 4 y el 22 de septiembre; pero estando prohibida toda conmemoración de estas fechas, sólo puede manifestar sus sentimientos los días de elección, el 9 de junio y el 20 de octubre de 1872, el 27 de abril y el 11 de mayo de 1873. Hubo entonces cuatro gran-

des manifestaciones del cuerpo electora en 24 departamentos; en 19 triunfaron los republicanos. Alocada en presencia de tales resultados, la asamblea nacional modificó en 8 de febrero de 1873 la ley electoral de 1849, exigiendo para la elección de primer escrutinio mayoría absoluta y el voto de la cuarta parte al menos de los electores inscritos. En un discurso pronunciado el 1.º de marzo, Dufaure anunció la intención de hacer que el sufragio fuese más sincero y más moral. Todo inútil. Las elecciones de abril y mayo dieron el triunfo á los republicanos en el primer escrutinio y el sufragio universal se mostró «más sincero y más moral,» dando á los partidarios vergonzosos de la monarquía minorías cada vez más exiguas.

Las resistencias opuestas por los monárquicos al establecimiento de un régimen algo estable, impulsaban al país hacia los hombres que representaban los matices más avanzados de la opinión republicana. Thiers seguía siendo popular, pero sólo en la medida de su resistencia á la mayoría parlamentaria; todas las simpatías de la nación se inclinaban hacia los republicanos á quienes Thiers y sus ministros, con la mayoría de la asamblea, daban el nombre de *radicales*. Estos se titulaban miembros de la «Unión republicana,» se apoyaban en el país contra unos diputados que habían cesado de representarlo y sólo esperaban de una disolución el afianzamiento de la República y el triunfo de las ideas democráticas.

Al frente de esta falange ardiente y joven se hallaba el «Dictador,» el organizador de la Defensa nacional en provincias, León Gambetta. Refugiado en San Sebastián durante la *Commune*, había vuelto á Francia para trazar en Burdeos, en 26 de junio de 1871, no sólo el programa de las próximas elecciones de 2 de julio del mismo año, sino que también el de la República definitiva, prudente y juiciosa. Elegido por París y por tres departamentos, había vuelto á la asamblea, pronunciando su primer discurso en la discusión de la ley Rivet. Al contacto de la derecha, creyó desde luego que no había nada que esperar de una mayoría cuyos miembros, divididos entre sí, no estaban unidos más que contra el jefe del poder ejecutivo y contra la democracia. Volvióse al mismo tiempo hacia el grueso de las fuerzas republicanas fuera de la asamblea y hacia la gran masa electoral. Disciplinó las fuerzas republicanas fundando el periódico de la democracia doctrinaria, *La República francesa*, con el asentimiento de Thiers, y conquistó la opinión presentándole la disolución de la asamblea como el remedio para todos los males.

Durante las vacaciones parlamentarias de abril de 1872, se puso en contacto con el sufragio universal, pronunciando discursos de gran resonancia en Angers y en el Havre. En este último punto, para contestar á la petición de los obispos, á las peregrinaciones de Roma, de Santa Ana de Auray, de Paray-le-Monial, de la Delivranda, de la Saleta y de Lourdes, formula las protestas de la sociedad laica, que resumirá, el 4 de mayo de 1877, en la célebre frase: «El clericalismo, jese es el enemigo!» Y, efectivamente, el clericalismo era el enemigo, pero no en el país, sino en la asamblea, donde servía de vínculo á los monárquicos coaligados.

El 9 de mayo, en contestación al mensaje de los delegados de Alsacia, y el 24 de junio, en el banquete



conmemorativo del nacimiento del general Hoche, Gambetta volvió a tomar la palabra. Su ardiente patriotismo se manifestó una vez más en el primero de estos discursos; su sentido político y su prudencia se afirmaron en el segundo. Finalmente, en Grenoble, el 26 de septiembre de 1872, pronunció el célebre discurso que había de tener tan graves consecuencias políticas. Hoy se comprende difícilmente la irritación que causó a Thiers y a sus ministros, y la indignación que provocó en las tres cuartas partes de los bancos de la asamblea. En él declaraba Gambetta que la causa de Francia y la causa de la República quedaban unidas y confundidas, como lo demostraban todas las elecciones. Decía que una democracia apoyada en el sufragio universal no se parecía en nada al régimen censatario de 1815 a 1848, a «una monarquía de pesos y contrapesos, haciendo equilibrio unos a otros, con un relojero más o menos elocuente que se precia de hacerlos andar.» Recomendaba ante todo la sensatez, y decía que el imperio de la fuerza sería un crimen, bajo un régimen apoyado en el sufragio universal, que nada esperaba sino del tiempo, de la persuasión, de la fuerza de las cosas, de la importancia, esterilidad y cobardía de los partidos monárquicos. Pero concluía con estas palabras: «La disolución está ahí, como el sepulturero, dispuesta a echar la última palada de tierra sobre el cadáver de la asamblea de Versalles.» Este fue su verdadero crimen, a los ojos de la asamblea de Versalles, como, a los ojos de Thiers, su crimen consistió en declarar que la organización de una República constitucional o conservadora era «una comedia indigna.» Aparte de las exageraciones de lenguaje, que revelan un gusto insuficiente y una educación descuidada, Gambetta había interpretado la opinión de la gran mayoría del país sobre la asamblea de Versalles. Se había equivocado en sus pronósticos de disolución; pero había estado en lo cierto al declarar que la organización de la República por la asamblea de 1872 le inspiraba poca confianza, y Thiers iba a ser la primera víctima de la «comedia» que hubiera podido tener un desenlace trágico.

Antes de la reunión de la asamblea, el presidente de la República y el ministro del Interior formularon, ante la comisión permanente, en contestación a una viva interpelación del duque de Broglie, una reprobación severa contra las palabras pronunciadas en Grenoble por Gambetta. El ministro de la Guerra cambió la guarnición y castigó con sesenta días de arresto a cinco oficiales que habían asistido a la reunión de Grenoble.

La interpelación del general Changarnier, en 18 de noviembre, y la caída de Víctor Lefranc, ministro del Interior, de resultas de la interpelación del Sr. Prax-París, fueron consecuencias directas del discurso de Grenoble y de la campaña disolucionista emprendida por Gambetta. La unión entre el centro derecho y el centro izquierdo, el discurso que Dufaure pronunció el 15 de diciembre contra la disolución y contra la República, fueron consecuencias indirectas de aquella misma campaña, mucho más graves que las primeras, que estrecharon momentáneamente las relaciones entre el presidente y la mayoría monárquica, a medida que alejaban a Thiers de los grupos republicanos avanzados y del país.

El país no comprendía nada de la sabia estrategia

del presidente, de sus miramientos con adversarios encarnizados, de las concesiones de personas que hacía a una derecha irreconciliable. Lo que le impresionaba eran los actos imponentes o las grandes manifestaciones oratorias; y estos actos eran contradictorios y estas manifestaciones eran diferentes, según que emanasen de Thiers o de Dufaure.

«La República existe, decía Thiers en su mensaje del 13 de noviembre; la República es el gobierno legal del país: querer otra cosa sería una nueva revolución, la más temible de todas. No perdamos el tiempo en proclamarla; empleémosle en imprimírle sus caracteres deseables y necesarios. Una comisión nombrada por vosotros, hace algunos meses, le dió el título de República conservadora. Apoderémonos de este título y procuremos, sobre todo, que sea merecido. Todo gobierno debe ser conservador y ninguna sociedad podrá vivir bajo un gobierno que no lo sea. La República será conservadora o no será.

«...Lo declaro porque, por deber, tengo los ojos puestos sin cesar en Europa: Francia no se encuentra aislada y de ella depende el estar, por el contrario, rodeada de amigos confiados y útiles. Que sea pacífica bajo la República y no alejará a nadie. Si se agita bajo una monarquía vacilante, verá hacerse el vacío en torno de ella, lo mismo bajo una que bajo otra forma de gobierno. Llegamos, señores, a un momento decisivo. La forma de esta República no ha sido más que una forma de circunstancias, dada por los acontecimientos, descansando en vuestra sensatez y en vuestra unión con el poder que temporalmente habéis elegido, pero todos los espíritus os esperan, todos se preguntan qué día, qué forma elegiréis para dar a la República esta fuerza conservadora de que no puede prescindir. A vosotros toca elegir una u otra. El país, al otorgaros sus poderes, os confió la misión evidente de salvarlo, procurándole la paz desde luego, después de la paz el orden, con el orden el restablecimiento de su poderío y finalmente un gobierno regular.»

Muy diferente era el lenguaje del ministro de Gracia y Justicia. En la segunda sesión del 15 de diciembre, Dufaure pronunció las siguientes frases, con gran aplauso de la derecha, del centro derecho y también del centro izquierdo, que dispusieron la fijación de su discurso en todos los municipios de Francia:

«Permitome reprocharles (a los republicanos) que identifican demasiado con ellos en sus discursos, por una parte al país y por otra parte la República. Respecto al país, estáis convencidos; respecto a la República me permitiré decirles una sola palabra. ¿Sabéis lo que nos crea una dificultad para el gobierno, aunque sólo lo ejercemos provisionalmente bajo el nombre de República francesa? Pues es, no la forma del gobierno, sino el nombre de República. En nuestra larga historia, este nombre ha ido siempre acompañado de agitaciones permanentes, de pretensiones siempre nuevas, de ambiciones sin cesar en aumento, como si toda República fuese un estado turbulento, aspirante a pasar de las grandes y bellas instituciones de 1789 a las de 1792, y de éstas a las de 1793, para perderse luego en la sangre. (Repetidos aplausos en los bancos de la derecha y del centro.)

»La desgracia va unida a este nombre...

»La nación entera necesita tranquilidad; disolución es sinónimo de agitación. Votaremos la orden del día.»

Igual desacuerdo reinaba entre el presidente de la República y el vicepresidente del Consejo respecto a la disolución de la Asamblea. Thiers hubiera deseado que esta coincidiese con la evacuación del territorio, que tuviese efecto a fines de 1873 o a principios de 1874. Dufaure pensaba de distinto modo: «Quisiera que me dijeseis si será el momento, cuando explosiones imprevistas seguirán en nuestro país a la retirada del extranjero de nuestro territorio, cuando nadie puede responder de que durante algunos meses después de su salida no habrá en el país un estremecimiento nacional que hará más difícil el mantenimiento del orden.»

Este desacuerdo se produjo constantemente durante las largas discusiones de la Comisión de los Treinta que tuvieron por resultado el voto, en 13 de marzo de 1873, de una nueva ley constitucional. Dufaure obtuvo este voto por una gran mayoría retrocediendo deliberadamente, colocándose en el terreno del Programa de Burdeos, mientras que la minoría de la comisión de los Treinta y 200 republicanos de la Asamblea permanecían fieles al programa y a la política del Mensaje de Thiers.

¿En qué se diferenciaba esta nueva ley constitucional de la del 31 de agosto de 1872? ¿Qué progresos realizaba en favor de la estabilidad gubernamental? ¿Qué bases sólidas daba al régimen establecido?

La Asamblea debía reglamentar las atribuciones de los poderes públicos y las condiciones de la responsabilidad ministerial. La resolución que votó en 13 de marzo de 1873, después de tres meses de interminables discusiones en la comisión de los Treinta, de conformidad con el dictamen del duque de Broglie, no reglamentó dichas condiciones ni fijó aquellas atribuciones tampoco. El preámbulo afirmaba una vez más el poder constituyente de la Asamblea. La mayoría no quería hacer uso de este poder o quería usarlo lo menos posible, pero tenía la inocente manía de querer afirmarlo con cualquier pretexto. Los tres artículos siguientes establecían un procedimiento complicado, sin más objeto que el de apartar a Thiers de la tribuna y relegarlo al palacio de la presidencia, pero en nada cambiaban las condiciones de la responsabilidad ministerial.

En plena comisión de los Treinta, Thiers combatió con chispeante y cáustica ironía el artículo 1.º del proyecto, que le concernía personalmente, y declaró que si querían condenarle a permanecer silencioso en la prefectura de Versalles mientras se decidían los destinos supremos del país, si querían negarle el derecho de hacerse oír y convertirlo en un maniquí político, no lo consentiría jamás. «No, no, dijo; volveré ante la Asamblea y ella me escuchará, me creará, me dará razón y el país también. Quiero poder cumplir con mi deber y no me dejaré atar de manos.»

El último artículo de la resolución de los Treinta decía: «La Asamblea no se separará sin haber estatuido: 1.º, sobre la organización de los poderes legislativo y ejecutivo; 2.º, sobre la creación y organización de una segunda Cámara; 3.º, sobre la ley electoral.» Este texto, vago e indeterminado adrede, había sido introducido en sustitución del texto gubernamental que decía: «Se estatuirá en breve plazo mediante leyes especiales:

1.º, sobre la composición, el modo de elección y las atribuciones de la Asamblea nacional que reemplazará a la Asamblea actual; 2.º sobre la composición, el modo de elección y las atribuciones de una segunda Cámara; 3.º, sobre la organización del poder ejecutivo para el tiempo que transcurra entre la disolución de la Asamblea actual y la constitución de las dos nuevas Asambleas que le sucederán.» Los Treinta no podían oír el toque fúnebre que Thiers y Dufaure hacían resonar en sus oídos. El texto del gobierno fue desechado, siendo adoptado por 19 votos contra 7 el texto vago de la enmienda, y en 13 de marzo la asamblea aprobó por 407



El general Farre

votos contra 225 el preámbulo y la promesa poco comprometedor de una futura Constitución.

Después del voto de esta resolución, la forma gubernamental de Francia continúa siendo tan incierta e indefinida como antes, y el ejercicio del poder es más difícil que nunca entre una Asamblea soberana y un presidente que carece del derecho de disolución. La Constitución del 31 de agosto, si tal nombre cabe darle, había determinado que los poderes del presidente durarían tanto como los de la Asamblea; pero esta concesión era ilusoria tratándose de un presidente como Thiers, incapaz de gobernar contra la mayoría del país y contra la mayoría de la Asamblea. El único resultado de la ley de 13 de marzo consistió en apartarlo de la tribuna ó hacerle al menos más difícil el uso de la palabra en ella. La comisión de los Treinta y la Asamblea, después de tres meses de trabajo, intrigas y discusiones, llegan a una negación y a una descortesía con un ciudadano eminente. Bien que era difícil rendir un homenaje más magnífico y más involuntario al orador que más honró a la tribuna francesa.

Sin embargo, aquella Asamblea no era insensible a la elocuencia y, en prueba de ello, basta recordar la ovación que hizo al duque de Audiffret-Pasquier por su